SagaOcculta

Libro 2

**\***

**Prisioneros del Destino**

**Por L. R. Macleod Talbot**

**© Todos los derechos reservados**

**Contenido**

[Viejos pactos sin cumplir 3](#_Toc65427935)

[Los últimos de Arrortu](#_Toc65427936)

[El emisario](#_Toc65427937)

[Partida del Viejo](#_Toc65427938)

[Extrañas alianzas](#_Toc65427939)

[La última caravana](#_Toc65427940)

[Adiós a Brigantia](#_Toc65427941)

[Atrapados en Arrortu](#_Toc65427942)

[Rumbo al Sagrir](#_Toc65427943)

[El plan](#_Toc65427944)

[En el Sagrir](#_Toc65427945)

[Encuentro con la hechicera](#_Toc65427946)

[Plan de ataque](#_Toc65427947)

[Inframundo](#_Toc65427948)

[Un mundo viejo](#_Toc65427949)

[Hombres de dos mundos](#_Toc65427950)

[Mujeres de dos mundos](#_Toc65427951)

[Lena y Brógar](#_Toc65427952)

[La tentación de Picard](#_Toc65427953)

[En la mira](#_Toc65427954)

[Un héroe](#_Toc65427955)

[Una luz en la oscuridad](#_Toc65427956)

[El Cónsul](#_Toc65427957)

[Pacto primero](#_Toc65427958)

[Perseguidos](#_Toc65427959)

[Espías](#_Toc65427960)

[Cornatel I](#_Toc65427961)

[Pacto segundo](#_Toc65427962)

[El rehén](#_Toc65427963)

[Libro Oscuro](#_Toc65427964)

[Perdido](#_Toc65427965)

[Cornatel II](#_Toc65427966)

[Últimas horas](#_Toc65427967)

Viejos pactos sin cumplir

**I**

Hacía tiempo que la diferencia entre el día y la noche solo se distinguía por la actividad de la gente. A excepción de los cuervos y algunas rapaces entrenadas, los pájaros habían emigrado hacia lugares donde los ciclos naturales fueran los de siempre: amanecer, día, atardecer, noche.

La energía acumulada durante las horas de luz, cada vez más escasas, racionada, se guardaba para usos domésticos. Las farolas, de pie en medio de sus brumas macilentas, estaban cercadas por paredes de sombras. Puentes almenados, muros de piedra y torres, se desvanecían entre la densidad de la tiniebla. Las personas embozadas, para protegerse del frío, eran bultos sospechosos que surgían y desaparecían entre las esquinas, seguidos por los pasos que el eco multiplicaba contra los adoquines helados.

Una larga capa negra flameó tras la silueta que iba cruzando una de las calles, que se abría camino a la altura de los tejados y las torres de Brigantia, la capital del Reino del Este. Las construcciones añejas cortaban el viento de la estepa, y las piedras brillaban con la helada plateada que se pegaba en las aristas.

Mientras una pareja de guardias que patrullaba, dispersaba a un grupo de personas que se habían reunido junto a una hoguera improvisada, el encapuchado se detuvo en seco, alertado por los gritos y empujones, y se ocultó en los ángulos de los muros evaluando una nueva ruta por la cual seguir. Antes de desaparecer otra vez en la penumbra, bajó la escalera de piedra adosada a la pared, y cuando giró la cabeza por encima del hombro, como para asegurarse de que nadie le seguía, un largo mechón cobrizo se agitó en el viento frente a sus ojos claros, agrandados por la oscuridad y el miedo. Aunque llevaba el rostro oculto, se notaba que era una mujer.

Decían que en un lugar indeterminado de la ciudad, siempre había alguien dispuesto a hablar para quien supiera escuchar. El Clan de los Cegados, o de los Itsuágorik, como se los conocía en toda la geografía de los Nuevos Reinos, tenía sabios y maestros de muy diversa índole, para quien se sintiese preparado para aprender.

-Soy yo –susurró la dama encapuchada, resguardada entre los soportales.

Ante ella se abrió una puerta cuya estrechez obligaba a pasar de lado, y en cuanto entró, se cerró con suavidad.

Erina suspiró aliviada, al ver el pestillo moverse atrancando la cancela, y avanzó por la estancia caldeada, frotándose las manos rojas de frío. Quizá no tenía miedo porque bajo la capa llevaba su espada, o porque en verdad confiaba en quien había ido a ver.

Los techos bajos y curvados por los arcos de piedra, se entrelazaban hasta perderse en la oscuridad.

-Estoy aquí, sin embargo, no me has visto –dijo una mujer que parecía haberse despegado del muro.

-Soy Erina, la hija del rey Vúlkar –dijo descubriéndose.

El calor de la habitación había aumentado de forma notable al hablar la desconocida, cuyos párpados cerrados, se hundían sobre las cuencas rasgadas y vacías.

-Sé quién eres y por qué has venido. ¿Estás segura de que nadie te siguió?

Erina asintió.

-Te doy las gracias por haberme recibido. El reino se muere, el suelo se congela, el sol no se ve, y aunque estemos preparados para partir y buscar otra tierra que nos cobije, este es nuestro hogar, siempre lo será. Dicen que tú, que algunos Itsuágorik, conocéis la solución a esta especie de maldición que estamos sufriendo.

-Siéntate –indicó haciendo un delicado movimiento con la mano, que acercó a Erina una silla lejana-. Cuando los hermanos Netvor e Indael llegaron aquí, antes de fundarse el reino como hoy lo conocemos, hubo uno que hizo un pacto con los Demonios…

-A mí también me contaban esos cuentos cuando era pequeña. Netvor pactó con los Demonios para que dieran vida a las primeras mujeres. Son historias estúpidas hechas por hombres igualmente estúpidos. Así que, según la leyenda, a nosotras nos dieron vida los Demonios, mientras ellos descendían del cielo, cual bellos pájaros… -dijo Erina en tono burlón-. Como si fuesen mejores que nosotras. ¡Detesto esa historia! ¿Qué tiene que ver con esto?

-Entonces nunca la has comprendido. Netvor no pactó con los Demonios para que dieran vida a las mujeres; lo que él pactó fue dominar y mandar sobre todo y todos, sin contar con su hermano Indael. Lo que él pactó, fue la exclusividad en el poder, el poder absoluto, y ese pacto no es una leyenda, existió.

-¿Y qué exigieron a cambio los Demonios?

-Los Demonios querían encarnarse en cuerpos humanos, para campar a sus anchas entre nosotros. Pero necesitaban una puerta de entrada, y Netvor iba a dárselas.

-¿Cómo?

-La traición. Indael confió en su hermano, entonces Netvor le clavó una daga y lo mató. Eso debía desatar una batalla campal, que los Demonios aprovecharían para elegir los cuerpos en los que desearan encarnarse.

-Conozco la leyenda, ¿me estás diciendo que es verdadera?

-En parte sí. Cuando la Dama Brigantia mató a Netvor, lo que hizo fue más que vengar la muerte de su amado Indael: ella mató la posibilidad pactada entre Netvor y los Demonios, y dejó el pacto inconcluso. Por eso este reino se muere, porque los pactos con Demonios deben ser pagados.

-¿Y cuál es la solución?

-Algo se ha puesto en marcha que está más allá de tu voluntad, querida.

-¿Cuál es la solución? –repitió Erina en voz baja.

-La solución la tienen las Kuarájinas. Si quieres saber más, tendrás que ir hasta la cara norte del Pico del Sagrir y buscar a una hechicera.

-Pero llegar hasta el Sagrir con este clima, es prácticamente imposible.

-Te dije que vinieras sola –dijo de pronto la Itsuágorik-. Vete ahora mismo.

-He venido sola –contestó Erina.

La mujer, de rostro terso e inexpresivo como el de una muñeca, cogió de su regazo un adorno en forma de lupa, que colgaba de un largo cordón desde su cuello, y lo dio vuelta frente a los ojos de Erina. En el pequeño círculo de espejo negro, se veía a un hombre.

-¡Picard!

-Lo conoces, ¿verdad?

-Es un Caballero Blanco. No sabía que me había seguido, pero es imposible que me haya visto entrar aquí.

-Me encargaré de él.

-No le hagas daño –pidió Erina endulzando la voz.

-Por supuesto que no. Dame tu capa, y no mires.

Erina dio la espalda a la mujer, que se concentró en el espejo negro. Del portal que había en él, salió una niebla oscura, que sin llegar a corporizarse en nada reconocible, formó una sombra densa sobre la que la Itsuágorik acomodó la capa de Erina. Después movió la mano como si empujara al espectro, y abrió con la mente el pestillo que cerraba la puerta, para que saliera.

-Ahora ponte esto y vete –dijo cubriendo a la muchacha con una capa de lana marrón-. Hace frío.

-¿Y Picard?

-Estará ocupado creyendo que te sigue. Cuando se haya dado cuenta, ya estarás de vuelta en el palacio. Márchate. Eh –agregó para llamar su atención-. No temas a los Blancos; si se te acercan, solo quédate quieta.

Erina agradeció sin comprender a qué se refería la mujer al hablar de los Blancos, y se fue.

No regresó preocupada porque Picard la hubiese seguido, sino pensando en cómo llegar hasta el Sagrir. Tanto si hablaba con su padre, como con su hermano, de lo que había dicho el oráculo, estaría poniéndolos en peligro. La que menos riesgo corría acercándose al sitio de las Kuarájinas, era sin duda ella; así que, partiría sola, lo antes posible.

Llamaría a su amiga para contarla el secreto, le pediría que usara su capa para llevar una ofrenda hasta el río, y así distraer a cualquiera que intentara seguirla, por si acaso. Mientras tanto, ella marcharía rumbo al Sagrir con un trineo y un lobo azul. Ya lo había planeado. Por lo demás, era tiempo de disimular.

**II**

Cuando los ojos encontraban claridades entre las tinieblas, a menudo se quedaban mirando, a la espera de haber descubierto el principio del fin de la oscuridad permanente, pero al aceptar que los resplandores no eran más que reflejos de la nieve en las nubes, se sabía que nada volvería ya a ser como antes.

Aunque partir no había sido la elección de nadie, la ciudad aguardaba para iniciar el éxodo. No había prisa porque nadie los perseguía, ni hacía falta cerrar las casas, pues tras ellos no quedarían ni ladrones. El único rumbo posible era el oeste, más allá del Bosque Frío, donde el Reino de Exarcantia, que se preparaba para inaugurar su capital, los acogería un tiempo, antes de que pudieran seguir hacia el sudoeste, en busca de tierras vacías en las que aun siguiera calentando el sol.

-Creo que se te ha perdido esto –dijo Picard apoyando la capa de Erina sobre el libro que ella estaba leyendo.

-¿Dónde la has encontrado? –preguntó fingiendo sorpresa.

-Tirada en la calle, pero hubiera jurado que un minuto antes, estaba sobre tus hombros, y caminabas con ella puesta.

-¿Me estabas siguiendo?

-No. Solo te vi pasar, te llamé, pero no escuchaste, y después, fue como si te hubieses desvanecido en el aire. Simplemente, desapareciste dejando tu capa en el suelo.

-No lo recuerdo. Habré salido a dar un paseo.

-Y sentiste calor y te quitaste la capa, ¿verdad?

-Es posible, no recuerdo, o es posible que me confundieras y no fuera yo; entonces, habrás recogido la capa de otra. Hay muchas capas negras con capucha; cada vez más, teniendo en cuenta el frío que nos persigue.

-Es tu capa, Erina. No te hagas la tonta. No sabes fingir.

-Y tú tampoco. La única manera de que estés tan seguro de que es mía, es porque estabas siguiéndome –contestó Erina levantándose para salir del cuarto.

Encuentro con la hechicera

La escasa luz atrapada en el salitre, palideció como en un día nublado; las columnas inacabadas que colgaban del techo, y las que no llegaban a unirse a él, temblaron igual que llamas de velas a punto de apagarse.

-¿Qué ha sido eso? ¿Lo has notado? -preguntó Erina alerta.

-Cálmate. Es una ilusión. Mira las sombras: nada se ha movido.

-¿Qué?

-Es una prueba, recuerda tu entrenamiento. Baja la vista y concéntrate en las sombras -recomendó Brógar-. Piensa en los reflejos del agua, en la superficie de un lago: por sus movimientos sabes si se acerca un Táninim, los movimientos te enseñan lo que hay bajo la superficie.

-¿Qué quieres decir?

-Que las apariencias suelen mantenernos deslumbrados y alejados de la verdad. Aquí, las sombras, como los reflejos y las ondas del agua, nos muestran lo que las apariencias esconden. El alma de las cosas, y su verdad, en este caso, se encuentra más en las sombras que en lo demás. No levantes la vista, no importa lo que suceda, concéntrate en las sombras de la cueva.

-Es la primera vez que me dicen que mire la sombra en vez de la realidad.

-Estamos aquí para cambiar la realidad de nuestro reino, ¿cuál es entonces la realidad, Erina?: ¿la que vemos, la que percibimos, la que suponemos?

La bóveda de la cueva se oscureció, y bajó hasta rozarles la cabeza, como si fuese a aplastarlos.

-No te agaches y no mires -dijo él.

-Estoy oyendo batir de alas, y el aire que mueven me toca las mejillas.

-Aunque temas, no prestes atención; solo hay una cueva, lo demás es ilusión, créeme.

Una explosión de cristales reventó la negrura, pero nada cayó, y de las sombras que se disipaban devolviendo a los muros de sal los reflejos mortecinos, surgió una silueta armoniosa, y una voz que sentenció:

-Eres bastante inteligente para ser hombre.

Brógar levantó la mirada, y no lo impresionó la belleza de la mujer, sino sus pupilas aceradas.

-Venimos a…

-Sé a qué habéis venido -dijo la Hechicera interrumpiendo a Erina-. Me subestimas, y me sorprende tu obviedad. Ambos me habéis sorprendido; los humanos no dejáis de hacerlo -agregó levitando entre las estalactitas y estalagmitas que acariciaba y envolvía con su larga cabellera-. A cambio de mi ayuda en el Inframundo, tendrás que darme algo importante, la vida de alguien.

-Cuando esto acabe, toma la mía -dijo Brógar.

-¡No! -gritó Erina.

-Dar tu vida y quedar como un héroe es muy fácil. Has venido para salvar un reino, y tendrás que darme la vida de un rey.

-¡Yo seré rey un día!

-Quiero la vida de tu padre. Has venido en su lugar.

-Toma la mía -repitió el Caballero bajando la cabeza.

-¿Qué tiene esto que ver con lo que venimos a hacer? -preguntó Erina con voz alterada.

-Podrías ser mi hija. Un día tuve una hija como tú, y murió a manos de un hombre como él; claro que no era su hermano, pero era un hombre. Al final, todos son iguales: una abominación de la creación.

-Pero él no fue el hombre que mató a tu hija, y su género no lo define; matar a otro hombre no cambiará el pasado.

-No, el pasado no, pero sí el futuro.

-Tú eres poderosa, y tu hija, donde se encuentre, también ha de serlo -dijo Erina.

La Kuarájina sonrió condescendiente.

-Tu opinión no cuenta, querida; dirías cualquier cosa para salvar a tu hermano; y para ti, Caballero Blanco, salvar el reino y entregar tu vida, es una elección vanidosa, típica del orgullo de un macho. ¿Serías capaz de entregar la vida de otro, o antepondrás tu egoísmo y por querer preservar a tu padre, sacrificarás el reino?

-No decidiré sobre otra vida que no sea la mía.

-Decides cada vez que matas.

-No he matado a nadie.

-Llevas una espada y estás entrenado para usarla, es cuestión de tiempo.

-No puedes pedir eso -intervino de nuevo Erina.

-Sois vosotros quienes habéis venido a por mi ayuda; puedo pediros lo que quiera, o podéis buscar solos la entrada al Inframundo, y el espíritu de Netvor, morir, y convertiros en héroes, sin haber conseguido nada.

-Por favor, ayúdanos y me quedaré contigo, seré tu esclava.

-¿Esclava?, ¡qué palabra tan antigua! Las Kuarájinas no necesitamos esclavas; si te quedas conmigo, que sea por tu propia voluntad.

-Ayúdame a mí entonces a encontrar a Netvor en el Inframundo. Yo también seré reina un día, toma mi vida -pidió Erina.

Brógar, que escuchaba aturdido, comprendió que al cederle la espada, su padre se había despedido de él, a sabiendas de que cuando le tocase pedir ayuda a la Hechicera, el precio sería su espíritu. No obstante, el destino se las había arreglado para salirse con la suya, y los puestos de ambos se habían intercambiado.

Ya no estaba seguro de encontrarse allí por voluntad propia, o porque no había tenido más remedio. Estaba cargando en sus espaldas la responsabilidad de un rey, y no se sentía aliviado por compartirla con su hermana.

-No dejaré que vayas allí sola –dijo como un autómata.

-No necesito tu permiso, Brógar.

-El Caballero Blanco suena digno, pero en realidad habla su amor propio, un ejemplo más, para que no te dejes engatusar por las palabras masculinas, Erina -dijo la Hechicera sosteniéndole la mirada.

-Soy lo que soy y haré lo que deba, pero no entregaré la vida de mi padre -dijo él con humildad.

-Si te llevas un espíritu del Inframundo, tendrás que dejarme otro a cambio; o tomaré lo que crea conveniente.

-Te pido que consideres como pago justo tomar mi espíritu –dijo Brógar acallando a su hermana con una mirada.

La Kuarájina los rodeó flotando, y comenzó a envolverlos con una hebra brillante y delgada, como las telas de las arañas.

-¿Qué haces?

-Querréis regresar, ¿cierto?; sin esto, quedaríais atrapados para siempre en el Inframundo.

En el suelo helado se abrieron unos círculos perfectos por los que se veía el agua.

-Los espíritus se nutren de la energía de los encarnados, por lo tanto, la forma de encontrar al de Netvor, es acercarse a sus bajas emociones, pero no tanto como para ser poseído por ellas. Después de todo, por tus venas corre al menos una parte de la misma sangre contaminada de arrogancia y pedantería, que por el resto de los machos humanos; luchas en tu interior contra las mismas miserias que heredaste -dijo mirando al Caballero-. Ahora, sumergíos.

-Nos ahogaremos.

La Hechicera no respondió. Miró otra vez al hombre como si le estuviese pidiendo permiso, aunque en realidad, estaba jugando con su voluntad y determinación.

-Haremos lo que dice, Erina -dijo él asintiendo.

-Dejaos llevar -fue lo último que escucharon de la suave voz de la Kuarájina.

Ambos cayeron a plomo por el boquete abierto en la piedra, quedando de ellos apenas un charco, que la superficie reabsorbió, como si nunca hubiese existido.

**[Gracias por leer. Espero que te haya gustado.](https://www.amazon.es/Prisioneros-del-Destino-Saga-Occulta-ebook/dp/B08XPSGBSM)**

**[Si quieres acceder a todo el Contenido, sigue el siguiente enlace, te conducirá a una página de Amazon](https://www.amazon.es/Prisioneros-del-Destino-Saga-Occulta-ebook/dp/B08XPSGBSM)**